

Cualquier tiempo pasado nos parece mejor

José Boada Bravo // Actuario y Expresidente Grupo Pelayo

Me encanta Karina y su melosa canción “El baúl de los recuerdos”, lo que denota lo pasado de vueltas que debo estar ya, pero seguro que su famoso estribillo: “volver la vista atrás es bueno a veces, mirar hacia adelante es vivir sin temor” le serviría a cualquier *coach* actual para vendernos toda una teoría y cobrarnos una pasta.

Si yo echo la vista atrás y contemplo como era la profesión de actuario cuando terminé la carrera, allá por el 78, y cómo es ahora, veo que se ha producido una evolución muy positiva a lo largo de estos años, lo que no quita para afirmar que la labor del actuario ha sido fundamental para la industria aseguradora tanto entonces como ahora.

Las aseguradoras, al igual que los bancos, deben proteger no solo a sus accionistas, sino también a sus clientes, que les han confiado su dinero o el importe de las primas para cubrir sus riesgos y, dado que esos riesgos son aleatorios y de manifestación futura, la responsabilidad y profesionalidad del actuario ha sido siempre clave para que las aseguradoras cumplan con su cometido.

Lo que ha cambiado a lo largo de estos años han sido las herramientas con que hemos contado los actuarios. Nunca habíamos dispuesto de tantos datos, tanta información y tanta tecnología como ahora.

Cuando yo empecé a ejercer recuerdo, por ejemplo, que para el seguro de vida en nuestro país manejábamos unas tablas suizas, cuyos datos de supervivencia o mortalidad podían permanecer inalterables durante varias décadas, y que para el seguro de automóviles todos utilizábamos las mismas primas de riesgo elaboradas por la patronal, como consecuencia de que los precios estaban regulados. En ambos casos, de cara a la tarificación, la labor del actuario era más bien escasa. Otro tanto pasaba con la solvencia, por citar solo otro ejemplo, que la calculábamos de manera estática y con unos parámetros preestablecidos por la propia legislación.

Ahora, en comparación, parece que técnicamente hemos alcanzado la estratosfera, personalizando e individualizando el riesgo hasta límites que rozan con la propia esencia del seguro, siempre basado en la mutualización del riesgo. Contamos con infinidad de datos, con una capacidad de computación como no habíamos imaginado, con tecnologías de última generación, como el Internet de las Cosas, y con modelos matemáticos muy avanzados como la Inteligencia Artificial.

Esta evolución tan positiva tiene como contrapartida la necesaria y continua actualización de conocimientos a que está sometida la profesión, así como su responsabilidad deontológica, en la que la ética profesional ha de jugar un papel cada día más importante al servicio de la sociedad.

Lo que ha cambiado menos en todos estos años es la visión holística que hemos tenido siempre los actuarios, lo que nos ha permitido comprender mucho mejor todos los factores que afectan a los riesgos y a la solvencia de las aseguradoras. Este hecho también ha permitido que muchos actuarios hayan ocupado puestos de primeros ejecutivos en la industria aseguradora, al tener una comprensión global y precisa del negocio asegurador. Puede ser que ahora se tienda más a la especialización del actuario, al ser tan amplias las competencias y los conocimientos que debe abarcar, pero será preciso que nunca pierda esa visión de conjunto que le permita entender los riesgos y sus consecuencias en toda su globalidad.

Otra cosa que tampoco ha cambiado mucho es que se nos sigue conociendo poco, considerándonos una *rara avis* en el ámbito empresarial. Tanto es así que cuando nos preguntan los amigos o la familia por nuestra profesión, si no queremos dar muchas explicaciones, decimos que somos economistas o que nos dedicamos al cálculo estadístico o matemático. Tenemos que hacer más pedagogía de nuestro trabajo y explicar mejor lo que hacemos a la sociedad, pues al hablar de algo tan intangible y abstracto como la predicción, cuantificación y gestión del riesgo hay que reconocer que no es fácil de comprender por el hombre de la calle.

Yo que empecé a trabajar de actuario por casualidad, he de reconocer que me lo he pasado muy bien ejerciendo mi profesión durante más de cuatro décadas y teniendo la impresión de que con ello estaba contribuyendo a hacer un poco más segura y solidaria la sociedad en la que me ha tocado vivir.

Veo el futuro de la profesión y de la sociedad con mucho optimismo, pese a los riesgos crecientes que también observo, pues como dice mi madre, que tiene 91 años, será que me estoy haciendo algo mayor y no entiendo a los agoreros de ahora.

Termino con el estribillo de la canción con la que empecé, haciendo un pequeño retoque a su letra: “volver la vista atrás es bueno a veces, mirar hacia adelante es vivir con pasión”. ●